

## CORRIENTES CIENTIFICO-POLITICAS EN EL TEMA DE LA ELITE NORTEAMERICANA (\*)

Por MIGUEL JEREZ MIR

El tema del «poder», concepto sobre cuyo significado difícilmente encontraremos una explicación universalmente satisfactoria (1), alcanza un lugar relevante en la ciencia política americana muy tempranamente con la publicación de los trabajos de George Catlin, *The Science and Method of Politics* (1927), y Charles E. Merriam, *Political Power* (1934). Pero también hacia esas fechas Lasswell comienza ya a formular una serie de definiciones de la ciencia política que anuncian el derrotero que iban a seguir buena parte de los estudios americanos en este área. Así, cuando en 1934 escribía: «el

---

(\*) El presente trabajo debe entenderse como un primer resultado del proyecto de investigación desarrollado durante mi estancia académica en la Universidad de Yale, en el curso 1981, y completado en el siguiente en la Universidad de Zaragoza. Mi propósito era el de profundizar teórica y empíricamente en el tema de las elites norteamericanas. El proyecto original fue discutido con los profesores Robert Dahl, Charles Lindblom y Robert Lane, del Departamento de Ciencia Política de la mencionada universidad americana, y con Allen Barton, director del Bureau of Applied Research, dedicado muy especialmente a estudios de elite, en la de Columbia. Salvador Giner, de Brunel University (Londres), por entonces en New Haven, se brindó a debatir las diversas alternativas posibles en el planteamiento del tema. A todos debo valiosas sugerencias y orientaciones que he intentado aprovechar en mi estudio, aunque resulta obvio decir que ninguno de ellos es responsable de sus deficiencias. Las limitaciones propias de un artículo de revista, en cuanto a la extensión, me han hecho optar por tratar ahora la cuestión de la distribución del poder en los Estados Unidos, aspecto que tiene una dimensión eminentemente teórica, para en posterior ocasión descender a otro aspecto más específico, el de la composición de la elite norteamericana, en el que primará el componente empírico.

(1) Véase D. M. WHITE, «The Problems of Power», *British Journal of Political Science*, 2 (octubre 1972), págs. 479-490, donde se argumenta en contra de esta posibilidad.

análisis político es el estudio de los cambios en la forma de composición de las pautas valorativas de la sociedad» (2). Siguiendo los pasos de Lasswell, primero, y los de Parsons, más tarde, se tenderá a concebir el poder como un atributo personal, dedicando particular atención al tema de los valores (3). Por ello, aun cuando los estudios de liderazgo se remontan a los años veinte y alcanzan gran auge en las dos décadas siguientes —sin duda como consecuencia de la recepción de Pareto, Mosca y Michels (4)— predominan, junto a los trabajos puramente teóricos, los de corte psicológico, estudios de personalidad, etc. (5). En definitiva, la problemática del *status* o prestigio —que luego continuarían los funcionalistas seguidores de Schumpeter y Parsons— primaba sobre la problemática del poder propiamente dicha (6).

Toda una serie de investigaciones, de carácter sistemático y más o menos empírico, sobre elites a nivel nacional veían la luz en los Estados Unidos, en torno a 1950. Estos trabajos promovidos por el Hoover Institute Studies de California, siguiendo las orientaciones metodológicas del profesor Lasswell, abordaban el análisis de la elite nazi, del poliburó soviético o del Kuomintang chino, de las elites de gobierno en la Alemania prehitleriana o de los militares en la URSS (7). Pero no parece que el estudio del propio país constituyese un objetivo prioritario para los sociólogos y politólogos americanos. Horowitz ha descrito con singular agudeza el esquema dominante en estos medios desde 1940, esquema que traducía la convicción generalizada de que el poder no necesitaba ser examinado.

(2) HAROLD LASSWELL (1934), pág. 3, citado por ROBERT LANE.

(3) Luego vendría el volcarse sobre el estudio de los fenómenos del desarrollo, modernización y cambio, áreas abiertas en la ciencia política americana por la contraposición parsoniana entre las pautas de la sociedad tradicional y las de la sociedad moderna.

(4) Un análisis de las formulaciones de los elitistas clásicos y del debate actual en torno a las teorías de la elite puede encontrarse en mi trabajo «Aproximación al planteamiento teórico de la elite», capítulo primero de las tesis que presentara para obtener el doctorado, *Elites políticas y centros de extracción en España, 1938-1957* (Zaragoza, 1980).

(5) Véase la bibliografía incorporada en HAROLD LASSWELL, DANIEL LERNER y C. EASTON ROTHWELL, *The Comparative Study of Elites: And Introduction and bibliography*, Stanford, California U. Press, 1952.

(6) Para una contraposición entre una y otra perspectiva del estudio de las elites, véase NICOLE LAURIN FRENETTE, *Las teorías funcionalistas de las clases sociales*, Madrid, Siglo XXI, págs. 165 y sigs.

(7) La identificación bibliográfica de los títulos correspondientes pueden encontrarse en MANUEL RAMÍREZ, *Supuestos actuales de la Ciencia Política*, Madrid, Tecnos, 1972, páginas 214-215; y ROBERT PUTNAM, *The Comparative Study of Political Elites*, Englewood Cliffs, N. J.: Prentice Hall (1976), págs. 215 y sigs.

«... todas las demandas de poder conflictivo tendían a ser traducidas en un sistema delicadamente ajustado de 'mantenimiento de pautas' y 'control de tensiones' (*tension management*). Tanto los empiristas como los teóricos miraban al poder con temor, como una especie de palanca divina por medio de la cual el sistema social se autorregula. El mundo económico del *laissez faire* de Adam Smith se transforma en una visión de *laissez faire* de la sociedad como conjunto» (8).

Esta falta de atención de los sociólogos americanos no sólo hacia el fenómeno del poder, sino ante cualquiera de los aspectos principales de la sociedad en que estaban viviendo, es reconocida por el mismo Parsons, al abordar la crítica del libro de Mills, *The Power Elite* (1956) (9). El mayor mérito de esta obra iba a residir justamente, como ha escrito Sweezy, en haber roto, no sin cierta dosis de osadía, «el tabú impuesto por la respetable sociedad intelectual a toda discusión seria sobre el cómo y por quién está regida América» (10).

En efecto, cuando el triunfo bélico de los aliados había permitido restablecer, en la mayor parte del mundo occidental, la fe en los principios y virtudes de la democracia representativa, principios cuya vigencia había sido puesta en cuestión por los partidos y regímenes fascistas o comunistas, pero también, no se olvide, por eminentes profesores de ciencia política, como

---

(8) IRVING L. HOROWITZ, «An Introduction to C. Wright Mills», en *Power, Politics and People. The Collected Essays of C. Wright Mills*, Nueva York, Oxford University Press, págs. 8-10. El Economista Paul M. Sweezy ya había hecho alusión al rechazo de los científicos sociales americanos hacia los estudios sobre la clase gobernante: «es un tema *delicado* que evitan como la plaga... Los sociólogos contemporáneos y los antropólogos sociales, casi como de común acuerdo parecen haber decidido que las clases sociales del país no son un tema adecuado de investigación» («The American Ruling Class», en MAURICE ZEITLIN, ed., *American Society, Inc., Studies of the Social Structure and Political Economy of the United States*, Chicago, Rand Mc. Nally, 1970, pág. 357. Ensayo publicado en 1951 por la *Monthly Review*).

(9) TALCOTT PARSONS, «The Distribution of Power in American Society», en G. WILLIAM DOMHOFF y HOYT B. BALLARD (ed.), *C. Wright Mills and the Power Elite*, Boston, Beacon Press, 1969, pág. 60. (Esta revisión crítica apareció originariamente en *World Politics*, octubre 1957.) Parsons contrasta la falta de intentos de análisis interpretativos, por parte de los científicos sociales americanos, sobre los aspectos básicos de su país considerado como totalidad, con los recientes e importantes trabajos a cargo de economistas, entre los que cita *Capitalism, Socialism and Democracy* (1950), de SCHUMPETER, y *American Capitalism* (1952), de GALBRAITH.

(10) PAUL SWEEZY, «Power Elite or Ruling Class», en DOMHOFF y BALLARD, *op. cit.*, pág. 117 (artículo originariamente publicado en la *Monthly Review*, septiembre, 1956; existe edición castellana en *El presente como historia*, colección de ensayos de SWEEZY, publicada por Tecnos, Madrid, 1974).

Mosca, Pareto o Michels; cuando tras la euforia de la victoria, primero, y en el contexto de la guerra fría, después, la autocomplacencia en el propio sistema alcanzaba sus más altas cotas, la aparición de este libro, escrito por un sociólogo, consigue remover las tranquilas aguas de la ciencia política americana. Mills acertó a provocar un largo y fecundo debate que alcanzaría esta orilla del Atlántico, amén de estimular indirectamente la realización de toda una serie de trabajos, de resultados no siempre tan fructíferos, tendentes a refutar sus tesis o, más raramente, confirmarlas.

Pero ¿qué había dicho el sociólogo de Texas, y cómo lo dijo, para causar un revuelo que, junto a las fronteras geográficas, trascendía —esta vez dentro del propio país, básicamente— el ámbito de la disciplina sociológica? Lo sustancial en cuanto al qué es sobradamente conocido: en los Estados Unidos, después de la segunda guerra mundial, una minoría constituida por los individuos que integran las capas altas del gobierno, la milicia y los negocios detenta el poder nacional en su propio provecho. Pero digámoslo, algo más matizadamente, con palabras de Mills:

«Entendemos por minoría de poder los círculos políticos, económicos y militares que, como un conjunto intrincado de camarillas que se trasladan e imbrican, toman parte en las decisiones que por lo menos tienen consecuencias nacionales. En la medida en que se deciden los acontecimientos nacionales, la elite del poder está constituida por quienes los deciden.»

«... Lo que afirmo es que en esta época particular una conjunción de circunstancias históricas ha dado lugar al nacimiento de una minoría de poder; que los individuos de los círculos que componen esa minoría, separada y colectivamente, toman ahora las decisiones clave que en efecto se toman, y que, dado el aumento y la centralización de los medios de poder de los que ahora se dispone, las decisiones que toman o que dejan de tomar tienen más consecuencias para mayor número de gentes que nunca en la historia de la humanidad» (11).

Si lo que Mills escribía causaba la reacción de los medios académicos —entre otras cosas por venir de un profesor de una respetable universidad, la de Columbia, y publicado por una de las más serias editoras— el modo de hacerlo contribuye a explicar por qué el libro llegó a alcanzar un éxito de público nada frecuente en un trabajo de sociología. En este sentido, las claves podrían encontrarse, de un lado, en el estilo directo de su prosa, que enlaza en alguna medida con la tradición pragmática y periodística de la

---

(11) *The Power Elite*, Nueva York, Oxford University Press, 1956. Se cita por la edición en castellano (México, FCE, 1957), págs. 25 y 34.

ciencia social americana (12), y en la capacidad de ironía que caracteriza al autor; de otro, quizá, en un cierto tono populista que impregna la obra, según ha hecho ver alguno de sus críticos (13). Lo que sin duda refleja ésta es el rechazo de Mills hacia la mayor parte de la ciencia social académica que se hacía en el país, sobre una doble base: la falta de perspectiva histórica y su negativa a una toma de postura moral sobre lo que se está estudiando (14).

Sin embargo, la tesis de la elite del poder no era del todo novedosa. Bajo el término *establishment*, lo sustancial del concepto había sido difundido en Inglaterra al comienzo de la década. Y en cuanto a su aplicación en el marco de la sociedad americana, Floyd Hunter había llegado a parecidas conclusiones al sostener que, en «Regional City», el poder estaba concentrado en los gerentes de las grandes corporaciones (15). La diferencia, eso sí, era importante porque aquéllas venían referidas a una comunidad urbana de medio millón de habitantes y, además, siempre podría pensarse que estábamos ante un caso excepcional (al fin y al cabo se trataba de una ciudad —Atlanta— con uno de los porcentajes más altos de población negra) o que las cosas eran diferentes a nivel nacional.

Desde los planteamientos marxistas clásicos, Sweezy había avanzado en *The American Ruling Class* (1951) algunas hipótesis sobre la estructura y funcionamiento de la clase dominante en los Estados Unidos, que arrancaban del esquema tradicional —existencia de dos clases sociales fundamentales definidas por su relación con los medios de producción— y que volvemos a encontrar en Mills. Otros trabajos anteriores trataron también el tema de la clase dominante a nivel nacional, pero centrándose en aspectos excesivamente parciales. Entre ellos, Harvey O'Connor, *Mellons Millions* y *The Guggenheims*; Ferdinand Lundberg, *America's Sixty Families* (1937) y Anna Rochester, *Rulers of America* (1936). La mencionada limitación en cuanto

(12) Cf. IRVING L. HOROWITZ, *loc. cit.*, pág. 3.

(13) Véase DANIEL BELL, «The Power Elite-Reconsidered», *American Journal of Sociology*, vol. LXIV, 3 (1958), págs. 238 y sigs. Bell argumenta que la *Elite del poder* ha gozado de un amplio atractivo emocional gracias a su retórica y a un mal intencionado «enmascaramiento» de ilusiones populistas e ingenuas acerca de los controles democráticos del poder. Sobre la incidencia del sesgo populista de la mentalidad de Mills en su trayectoria personal y académica, puede verse I. L. HOROWITZ, *loc. cit.*, págs. 7-8.

(14) EUGENE V. SCHNEIDER, «The Sociology of C. Wright Mills» (1963), en DOMHOFF y BALLARD, *cit.*, págs. 12-13.

(15) *Community Power Structure. A Study of Decision Makers*, Chaper Hill, University of North Carolina Press, 1953. HUNTER ha vuelto recientemente sobre el tema, en *Community Power Sucesion: Atlanta's Policy-Makers Revisited*, publicado por la misma editorial en 1980.

al campo a cubrir; la tendencia, frecuente entre los autores de extrema izquierda, a simplificar en demasía a la hora de las generalizaciones sobre la clase dominante; y la natural prevención ante una literatura de este corte ideológico por parte de la academia, cuentan entre las razones que impidieron ir mucho más allá del diálogo de sordos (16).

Como decíamos, tendrá que publicarse *La elite del poder* para que tenga lugar un debate abierto y auténtico en torno a la estructura de poder en los Estados Unidos. Las partes concurrentes ya han sido presentadas sucintamente: elitistas, pluralistas y radicales, por emplear las etiquetas utilizadas corrientemente para identificar a los representantes de las diferentes posiciones (17). Procede ahora presentar los presupuestos básicos de cada enfoque o perspectiva, sus principales argumentos y los trabajos empíricos en que pretenden apoyarse. Después se abordarán algunos de los más fructíferos intentos de síntesis.

#### ELITISMO Y PLURALISMO

Los representantes de ambas tendencias coinciden básicamente en el punto de partida: unos y otros abordan el estudio del poder centrando su atención en el tema de las elites, y no en el de las clases o en la problemática del *status* o prestigio. Sin embargo, desde dicotómicos planteamientos ideológico-políticos, alcanzan conclusiones radicalmente opuestas.

Los elitistas mantienen la tesis de que la sociedad americana está regida por una elite de poder, de carácter unificado, que rige los destinos del país y que, en lo sustancial, escapa al control democrático. El poder político se encuentra invariablemente concentrado en manos de una minoría que gobierna toda la comunidad, en los ámbitos nacional y local, en beneficio de sus propios intereses, que son de tipo económico fundamentalmente. El poder es ejercido por los políticos, profesionales o no, pero siempre bajo el control decisivo de los financieros, si es que éstos no ocupan directamente las po-

---

(16) Cf. PAUL M. SWEEZY, «The American Ruling Class», *loc. cit.*, págs. 356 y siguientes.

(17) No deja de resultar irónico, si es que casual, que la terminología más difundida para aludir a las dos primeras perspectivas se vuelva contra quienes, al denunciar la existencia de una elite de poder, adoptan una actitud más crítica: estos son calificados de elitistas, lo cual es poco correcto (como impropio sería usar el término clasista para hacer referencia a un marxista); mientras, para sus principales oponentes se reserva un adjetivo tan inequívocamente democrático como el de pluralista.

siciones políticas de elite. Los autores y títulos más representativos de esta tendencia ya han sido mencionados: Floyd Hunter y C. Wright Mills, que estudiando distintos ámbitos —la comunidad local y nacional, respectivamente— y empleando distintos métodos de identificación de las elites —reputacional y posicional (18)—, llegaban a similares conclusiones (19). Junto a ellos, John Kenneth Galbraith, quien en *The New Industrial State* (1967) aporta el concepto de *tecnestructura*, la organización integrada por «todos aquellos que suministran conocimiento especializado, talento o experiencia al grupo que toma las decisiones». De acuerdo con el ilustre economista, la tecnestructura no es sino «la inteligencia guía —el cerebro— de la empresa» (20) y en ella reside actualmente el *locus* del poder en la corporación, y por ende, en la sociedad americana (21). Finalmente, hay que traer a colación una serie de estudios sociológicos a escala local, a cargo de August Hollingshead, Robert S. y Hellen Merrel Lynd, W. Lloyd Warner, Roland Pelegrin y Charles Coates y Robert O. Schulze, que coinciden con el de Hunter —y con el de Mills a escala nacional— en poner el énfasis en las elites económicas, que son percibidas como quienes toman las decisiones críticas en la arena política (22).

(18) Para una esclarecedora explicación sobre las diferentes estrategias posibles a la hora de identificar las elites, véase RICHARD PUTNAM, *The Comparative Study of Political Elites*, págs. 15-19.

(19) HUNTER es autor también de un estudio de elites a nivel nacional (*Top Leadership, USA*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1959) donde, empleando análisis de rol y status, y aplicando el modelo de *Community Power Structure*, sostiene que un grupo relativamente pequeño de personas toman las decisiones que conforman las distintas *policy* nacionales, en el seno de una estructura de poder semejante a la encontrada en la comunidad local.

(20) *The New Industrial State*, Boston, Houghton Mifflin, 1971, 2.ª edición, pág. 84.

(21) *Ibid.*, págs. 72-73. Para GALBRAITH, la inteligencia organizada constituye «un nuevo factor de producción». Ello obedece a que las exigencias de la tecnología y planificación han incrementado en la corporación la necesidad de talento organizado y la organización de ese talento. Este, a diferencia del capital, no es algo que la corporación pueda autosuministrarse: procede de fuentes externas y, para ser eficaz, necesita estar en una organización. La consecuencia ha sido un desplazamiento del poder entre los factores de la producción en favor de la tecnestructura, en un proceso parejo al iniciado hace dos siglos en los países avanzados desde la propiedad de la tierra al capital (pág. 71).

(22) HOLLINGSHEAD, *Elmtow's Youth* (Nueva York, John Wiley and Sons, Inc., 1949); ROBERT HELLEN LYND, *Middletown* (Nueva York, Harcourt, Brace and World, Inc., 1929), y *Middletown in Transition* (Nueva York, Harcourt, Brace and Company, 1937); LLOYD WARNER (ed.), *Yankee City*, edición abreviada (New Haven, Yale University Press, 1963) y *Democracy in Jonesville* (Nueva York, Harper and Row, 1964); PELEGRIN y COATES, «Absentee-Owned Corporations and Community Powers Structure», *American Journal of Sociology*, LXI 5 (marzo 1956), págs. 413-419, y ROBERT

Para los pluralistas, el poder se encuentra repartido entre grupos de elites con intereses claramente diferenciados, no necesariamente económicos. Estos grupos intervienen en mayor o menor grado según la índole de las decisiones a tomar, pero de ningún modo monopolizan el poder como tales grupos. En definitiva, se niega la existencia de una elite unitaria o monolítica y toda idea de subordinación de las elites políticas a las económicas. Al rechazar cualquier hipótesis de unidad entre las elites parece que se propongan evitar toda posible aproximación que evoque la idea de una clase dominante, y más allá, la idea de la lucha de clases. Entre los representantes más cualificados de esta tendencia, en los Estados Unidos, destacaremos a Robert Dahl, William Kornhauser, Talcott Parsons, Daniel Bell y David Riesman (23). Como se verá más adelante, a excepción del último, todos son autores de algún trabajo dedicado expresamente a contestar las tesis expuestas en *La élite del poder* por Wright Mills (24), quien a su vez subdivide a sus críticos pluralistas en «liberales» —los tres primeros citados, entre otros— y «esotéricos» (*high brow*) —como Daniel Bell, Richard Rovere y Philip Rief—, reservando el calificativo de «radicales» o «radicales puros», para marxistas e intelectuales de izquierda, como Sweezy, Aptheker y Robert Lynd (25).

---

SCHULZE, «Economic Dominans and Community Power Structure», *American Sociological Review*, 23 (febrero 1958), págs. 3-9.

(23) Una primera difusión de las tesis pluralistas había tenido lugar en Europa a raíz de la publicación del artículo de RAYMOND ARON, «Social Structure and The Ruling Class», *British Journal of Sociology*, I, núm. 1 (1950). Por lo demás, el pluralismo estaba ya, más o menos explícito, en Gaetano Mosca y Robert Michels, y desde luego, en KARL MANNHEIM, *El hombre y la sociedad en una época de crisis* (Madrid, Revista de Derecho Privado, 1936, págs. 95 y sigs.). Participan igualmente del enfoque pluralista los americanos DAVID TRUMAN, *The Government Process* (Nueva York, Alfred A. Knopf, 1953); EDWARD BANFIELD, *Political Influence* (Nueva York, Free Press, 1961); NELSON W. POLSBY, *Community Power and Political Theory* (New Haven, Yale University Press, 1973) y «How to Study Community Power: The Pluralist Alternative», *Journal of Politics*, 22 (agosto 1960), págs. 474-484; ARNOLD ROSE, *The Power Structure. Political Process in America*, Nueva York, Oxford University Press, 1967, y RAYMOND E. WOLFINGER, «Nondecisions and the Study of Local Politics», *APSR*, 65 (1971), págs. 1063-1080.

(24) De cualquier manera, RIESMAN había criticado ya en *The Lowney Crowd* (Nueva York, Doubleday, 1954, pág. 260, editado originariamente por Yale University Press, en 1950), la imagen del poder en América dibujada por MILLS en anteriores trabajos sobre líderes sindicales y de negocios, como «The Trade Union Leader: A Collective Portrait», *Public Opinion Quarterly*, vol. 9, núm. 2 (1945); y «The American Business Elite», *The Journal of Economic History*, vol. 4, núm. 4 (diciembre 1945).

(25) Véase C. WRIGHT MILLS, «Comment on Criticism», *Dissent* (1957), en DOMHOFF and BALLARD (ed.), *op. cit.*, págs. 229-250.

Dado que casi todos los pluralistas mencionados hacían explícitas sus tesis al tiempo que criticaban las de Mills, es conveniente sintetizar con mayor amplitud y sistema lo que sostenía el profesor de Columbia:

- En el transcurso de los años cuarenta y cincuenta, los Estados Unidos se han transformado en un país con una economía permanente de guerra que responde a una definición progresivamente militarizada de la realidad, definición que constituye la clave de la política exterior norteamericana. Dentro del nuevo sistema, los medios de poder —producción económica, gobierno, burocracia y violencia— se han visto ampliados, al tiempo que experimentan un profundo proceso de centralización y coordinación que les hace inseparables.
- Los tres sectores institucionales básicos —económico, militar y político— confluyen en un triángulo de poder: los directivos de las grandes corporaciones, el «directorio político» y la alta jerarquía militar. Dado que sus respectivos dominios tienden a coincidir, que sus decisiones cada vez son más relevantes y que el intercambio de posiciones se hace más y más frecuente, terminan convirtiéndose en una elite de poder.
- Clase económica y elite de poder son dos realidades distintas. A diferencia de la primera, esta última no viene definida por la propiedad o no de los medios de producción: el directorio político o la alta jerarquía militar no son nunca propietarios de las instituciones que dirigen; ni siquiera puede decirse, pura y simplemente, que «los muy ricos», o la clase capitalista como conjunto, dominen las grandes corporaciones. Aquí precisamente se habría operado uno de los cambios fundamentales: las grandes compañías americanas, la mayoría de ellas multinacionales, se habrían convertido en «Estados dentro del Estado» (26), y su misma naturaleza habría transformado

---

(26) Por su expresividad, reproducimos ampliamente un párrafo en el que MILLS desarrolla esta idea: «La economía de los Estados Unidos se ha organizado casi toda en sociedades anónimas, y dentro de esta organización sus directivos han aprisionado las innovaciones técnicas, han acumulado las grandes fortunas existentes y otras muchas menores y esparcidas, y han capitalizado el futuro. La misma revolución industrial se ha concentrado dentro de los límites financieros y políticos de la gran compañía. Las grandes empresas dominan las materias primas y las patentes de inventos para convertirlas en productos acabados; disponen de las inteligencias jurídicas más caras, y, por tanto, las mejores del mundo, para inventar y refinar sus defensas y su estrategia; emplean al hombre como productor y hacen que compre como consumidor lo mismo que produce; lo visten y lo alimentan e invierten su dinero; hacen las cosas con que combate en las guerras y financian la alharaca de la propaganda

el carácter de la propiedad capitalista tradicional que en amplia medida se convierte en propiedad o riqueza corporativa. Ello significa que los intereses y planes de la corporación, tal como son definidos por sus gerentes o ejecutivos, tienden a primar sobre los de los accionistas, por mayoritarios que éstos sean. Entre los miembros de esta elite corporativa figurarán, claro está, elementos procedentes de la clase capitalista, pero otros alcanzan esta condición por sus conocimientos en materia de economía o gestión financiera, o proceden de otro tipo de corporaciones, como la burocracia estatal o el ejército. Según esto se habría producido un desplazamiento del centro de poder desde la clase capitalista a la «elite económica» —que incluye individuos no necesariamente propietarios, como los gerentes—, de tal manera que los muy ricos, las familias tradicionales, tendrían que incorporarse a ese nuevo mundo corporativo, de querer evitar una merma sustancial de su poder.

- Las decisiones económicas más importantes para el país son adoptadas por los dirigentes de unos cuantos centenares de corporaciones estrechamente relacionadas entre sí y que controlan la economía de los Estados Unidos.
- El abuso ideológico y político en el tema de la «amenaza exterior» ha incrementado sustancialmente el peso de los militares en la política y en la toma de decisiones, algunas de las cuales tienen la mayor trascendencia presupuestaria y, por tanto, económica (piénsese en los gastos en armamento). Este tipo de decisiones vendría fuertemente condicionada por la ya aludida definición militar de la realidad.
- La unidad de la elite descansa sobre una serie de factores: unos valores y una psicología común; similitud de intereses, programas y percepciones; las imbricaciones personales, fundamentalmente a nivel de matrimonio; incluso similar tipo de personas, en cuanto han tenido experiencias semejantes, han seguido las mismas carreras y han recibido igual educación religiosa. Todo ello facilitado por el juego de la cooptación que hace que accedan a la elite quienes más se identifican previamente con ella en cuanto a pasado y en cuanto a valores.
- No existen partidos políticos responsables que representen alternativas reales susceptibles de producir cambios sustanciales en la política del país. Las grandes decisiones en materia de política exterior es-

---

y la charlatanería ofuscadora que le rodean durante las guerras y los intervalos entre ellas» (*La Elite del poder*, pág. 123).

capan en la práctica al control del legislativo. Las organizaciones de masas, como los sindicatos, se burocratizan, despegándose de los individuos que las integran y cayendo bajo el control oligárquico de sus dirigentes, amén de estar perfectamente integradas por el sistema que preside la elite del poder, con lo que pierden gran parte de su razón de ser.

- Entre los factores que han hecho posible esta situación, Mills señala el declive de los políticos, el ocaso del movimiento obrero de signo revolucionario y el de los pequeños propietarios independientes, que se ven sustituidos en su influencia por una nueva clase media, mucho más dependiente del Estado y con un bajo índice de organización.
- Los principios democráticos no tendrían una vigencia real en ese contexto, cumpliendo únicamente un papel legitimador de un sistema que apela a ellos permanentemente con este fin.
- La inmoralidad constituiría una de las características más típicas de la elite americana, y la aceptación de este hecho por parte de la sociedad, uno de los rasgos esenciales de la sociedad de masas. El hecho de que aquélla se presente como algo prácticamente institucionalizado, el escaso espacio para el liderazgo político, y la extensión del área de los secretos oficiales, se cuentan entre los factores que han vaciado de contenido la democracia en los Estados Unidos (27).

Volviendo a la perspectiva pluralista, hay que decir que quienes la comparten no acostumbran a hacer grandes esfuerzos a la hora de demostrar la existencia de una tal distribución del poder a escala nacional. Tomando ésta como lo dado, suelen limitarse a trasladar la carga de la prueba a quien se empeñe en demostrar lo inaudito: que una minoría oligárgica detenta el poder en el país. Robert Dahl hace explícita esta postura al plantearse la crítica de *La élite del poder*, que centra exclusivamente en el aspecto metodológico (28). Otros dos primeros espadas de la Ciencia po-

(27) Esta apretada síntesis de la percepción millsiana acerca de la distribución del poder en los Estados Unidos ha sido construida fundamentalmente en base a los capítulos 1, 12 y 15 de *La Elite del poder* y al artículo que el propio autor publicara en marzo de 1958, en *The British Journal of Sociology*, bajo el título «The Structure of Power in American Society» (recogido en *Powers, Politics and People*, págs. 23-38).

(28) «A critique of the Ruling Elite Model», *American Political Science Review*, volumen 52 (1957), págs. 463-469. En el caso de DAHL, concurre la especial circunstancia de que él mismo se encontraba trabajando en un estudio de elites, aunque a nivel local, cuando se publica *La Elite del poder*; el resultado fue un libro casi tan difundido como éste, en el que se llega a conclusiones diametralmente opuestas y que serviría

lítica americana —Daniel Bell y Talcott Parsons— salían a la arena de la crítica para enfrentarse a la obra de Mills en sendos artículos. Del primero tampoco puede decirse que vaya al fondo de la cuestión. Antes bien, opta por acudir al fácil expediente de las descalificaciones: según Bell, estaríamos ante un libro *político* que apela a las emociones del lector, mera colección de ejemplos y metáforas rodeadas de estadísticas (en vez de análisis empírico), simple esquema confuso e insatisfactorio, con conceptos trasladados forzosamente desde experiencias europeas, de enfoque estático y ahistórico, etc. Además de abusar de la retórica, Mills habría eludido más cuestiones de las que contesta, confundido esto y aquello, dejado oscuro lo otro, y por si ello fuera poco, copiado de Veblen —su ironía y retórica—, Weber —la descripción vertical de la estructura social—, Pareto —el método— y Marx —la imagen del poder económico—, y encima, casi nunca bien (29). Realmente no resulta fácil acumular, en el corto espacio de una docena de páginas, una tal cantidad de juicios negativos sobre un libro que, después de todo, es un clásico de la sociología. Por otro lado, cuando se trata de describir positivamente cómo se distribuye el poder en los Estados Unidos, el profesor Bell apenas apunta algunas ideas, y no todas originales: los grandes empresarios se encuentran divididos en todo, salvo en la política tributaria; el alza en las necesidades de habilidad técnica, en cuanto base del poder; la gran incidencia del factor toma de decisiones, de la naturaleza y carácter de éstas, más que la de la posición desde la cual se adopten, y el condicionamiento, en fin, de no pocas de esas decisiones por la postura de la Unión Soviética.

Mucho más ponderado es el análisis de Parsons, que empieza contrastando los elogios a Mills, por el esfuerzo realizado al intentar cubrir una área prácticamente virgen entre los sociólogos americanos, con un subrayar la dificultad de una empresa que viene a juzgar como imposible. En este sentido, argumenta que al estudiar las elites en el ámbito nacional se tropezará inevitablemente con un doble obstáculo: a) los datos susceptibles de ser obtenidos siempre son insuficientes y fragmentarios, y b) las cuestiones empíricas cruciales se presentan a un nivel en el que los procedimien-

---

de modelo para toda una serie de estudios en la línea pluralista: *Who Governs? Democracy and Power in an American City*, New Haven, Yale University Press, 1961. Para la crítica de artículo y libro, véase PETER BACHRACH y MORTON S. BARATZ, «Two Faces of Power», *American Political Science Review*, vol. 56 (1962, págs. 947-952), y «Decisions and Non Decisions: An Analytical Framework», *Ibid.*, vol. 57 (1963), páginas 632-642.

(29) DANIEL BELL, «The Power Elite-Reconsidered», *American Journal of Sociology*, vol. LXIV, 3 (noviembre 1958), págs. 238-250, *passim*.

tos operacionales disponibles carecen de la suficiente utilidad, si es que tienen alguna, por lo que la observación no puede ser precisa (30). Hechas estas salvedades, pasa a examinar lo que juzga insuficiencias y fallos de Mills, al tiempo que ofrece su propia interpretación del tema. De un lado, éste habría infravalorado el poder de *a*) congresistas y senadores, incluidos los más influyentes de estos últimos (31); *b*) grupos profesionales de prestigio, ya que pese a subrayar la importancia de los abogados en el «directorio político», no hace un análisis claro del papel de estos grupos en la estructura ocupacional (32); *c*) el propio directorio político, o fracción civil del gobierno, que presenta como infiltrado por los hombres de negocios, y en consecuencia difícilmente estimable como independiente (33), y *d*) los funcionarios que escapan a la designación política, mucho más influyentes de lo que Mills supone, en la política a largo plazo (34). Por contra, habría hipervalorado el poder de los «muy ricos», a quienes otorga una posición más alta de la que realmente disfrutaban debido a la pérdida de la identificación automática entre propiedad y control de la empresa, a raíz de la aparición y posterior generalización de la figura del gerente, en un proceso paralelo al crecimiento del tamaño de la empresa y de la tecnificación; y el poder de los militares. En este último tema se habría producido un efecto engañoso, ya que si ciertamente el peso de los militares en la sociedad norteamericana había venido aumentando desde la segunda guerra mundial ello debe ser interpretado hasta entonces, en parte, como la «rectificación de un balance», pues aquéllos jugaban un papel mucho menor que el habitual en cualquier otro país de escala y desarrollo organizacional y tecnológico comparables, y en parte también como consecuencia de la guerra fría: en el contexto de un mundo extremadamente inestable, y habida cuenta de las nuevas responsabilidades americanas en este orden, los altos mandos militares habrían tendido a llenar un vacío en la esfera de toma de decisiones a nivel nacional (35).

En sustancia, la tesis de Parsons es la siguiente: en los Estados Unidos se ha producido un alza en la importancia relativa del gobierno y, por ende, del poder político, como consecuencia de un par de procesos de cambio que han transformado el país durante la primera mitad del siglo. A saber,

---

(30) TALCOTT PARSONS, «The Distribution of Power in American Society», *loc. cit.*, págs. 60-61.

(31) *Ibid.*, pág. 63.

(32) *Ibid.*, págs. 63 y 81.

(33) *Ibid.*, pág. 65.

(34) *Ibid.*, pág. 79.

(35) *Ibid.*, págs. 64 y 77.

su maduración industrial, con las consiguientes repercusiones sociales, y la alteración de su posición en el mundo en un período relativamente corto, al pasar desde el aislacionismo al más profundo involucramiento en el exterior, debido a su propio crecimiento, pero igualmente a factores exógenos, como el debilitamiento de las potencias europeas occidentales, el ascenso de la URSS, la ruptura del orden colonial, etc. (36). Aunque no por esto la sociedad americana ha desarrollado una elite política y de gobierno bien integradas (a diferencia de su grupo de ejecutivos de negocios), los «políticos» forman parte del colectivo responsable de la marcha del país. Junto a militares y hombres de negocios, por supuesto, pero también en unión de profesionales —abogados, economistas y científicos, incluidos los de la política—, periodistas y gente de la clase alta (entendida en un sentido distinto al puramente económico empleado por Mills) (37). Pro futuro, la imagen fundamental de Parsons, como ha escrito Gouldner, es la de una nueva elite nacional, integrada por una clase de negocios profesionalizada y renovada, aliada y fusionada con profesionales de la *nueva clase* (38), dentro de los cuales engloba, como se ha visto, a los funcionarios de profesión —incluidos los militares—, «esencialmente independientes de los *políticos* a corto plazo y de elementos extraños a la estructura de gobierno y a sus responsabilidades» (39). Desde la perspectiva parsoniana, el ascenso de la nueva clase ocurrirá dentro del marco de una sociedad de negocios y a través de la inspiración de la vieja clase por la nueva. Se pretende así revitalizar la legitimidad de aquella clase, que ha fracasado, uniéndola con la nueva y profesionalizándola (40).

Una terminología y argumento que enriquecerían sustancialmente el patrimonio pluralista habían sido ya incorporados al mismo, en 1950, gracias a Riesman. De acuerdo con éste, en los Estados Unidos el poder se

(36) *Ibid.*, págs. 67-68.

(37) *Ibid.*, pág. 78.

(38) ALVIN W. GOUDNER, *The Future of Intellectuals and the Rise of the New Class*, Nueva York, Seabury Press, 1979, págs. 37-38. GOUDNER describe la *nueva clase* como compuesta por intelectuales e *intelligentsia* técnica, dos elites diferenciadas por la índole de sus intereses intelectuales: los de la *intelligentsia* son fundamentalmente «técnicos», mientras que los de los intelectuales serían ante todo críticos, emancipadores, hermenéuticos, y, por tanto, a menudo políticos. Esta nueva clase se encontraría actualmente en contienda con los grupos ya en control de la economía de la sociedad, sean hombres de negocios o líderes de partido (págs. 1-48).

(39) TALCOTT PARSONS, *loc cit.*, pág. 79.

(40) GOUDNER, *op. cit.*, pág. 38. La entera obra de PARSONS es interpretada por GOULDNER como «una ideología compleja de la Nueva Clase, expresada por y a través de su halagüeña concepción del profesionalismo» (pág. 37).

encuentra disperso entre varios grupos de veto (*veto groups*). Cada uno de estos grupos habría obtenido finalmente algo por lo que venía luchando desde hacía tiempo: el poder de oponerse eficazmente a todo lo que resulte manifiestamente contrario a sus intereses, y, dentro de límites más estrechos, poner en marcha sus propios proyectos. Cualquiera de ellos tiende a situarse en una posición desde la que neutralizar a quien pueda atacar sus intereses, operando como grupo de defensa, y no de liderazgo. La competencia política y económica entre los distintos grupos de veto es de naturaleza monopolística —en el sentido de que existen unas reglas de juego que marcan hasta dónde se puede ir—, pero competencia al fin y al cabo: cada uno sabe quiénes son sus rivales, dentro y fuera de la organización (41).

Es verdad que estos grupos «tienen el poder», pero sólo «en virtud de una necesaria tolerancia mutua» (42). Ciertamente que algunos de ellos tienen más poder que otros, pero la determinación de quién lo tenga ha de hacerse desde coordenadas actuales, ya que las respuestas dadas por Marx, Mosca, Michels, Pareto, Weber, Veblen o Burnham, aunque pueden enseñarnos algo, no son satisfactorias. Así, el enfoque correcto al estudiar el poder a escala nacional, radica en su percepción en términos de áreas temáticas o de problemas. Puede que, en aquellas que afecten únicamente a dos o tres grupos de veto, alguna disponga de un poder extraordinario, pero sólo en ese tema. Por contra, cuando éste afecta al país en cuanto conjunto, no resulta verosímil que un individuo o grupo de liderazgo sea realmente efectivo a la hora de imponer decisivamente sus intereses, dado que los grupos de veto se encuentran perfectamente atrincherados y no pueden ser desplazados. Ellos están siempre ahí, «dentro», a diferencia de un partido político que puede ser derrotado en las elecciones o de una clase social, siempre susceptible de ser reemplazada por otra (43). Riesman concluye afirmando que en la época actual, y en los Estados Unidos, el poder le parece algo «acomodaticio y volátil», que rechaza los intentos de ser localizado, encontrándose mucho más disperso de lo que acostumbra a creerse (44).

---

(41) *The Lownely Crowd*, págs. 247-248. Esta configuración del poder se habría ido perfilando a través de un largo proceso de cambio, iniciado con el siglo y consolidado durante la década de los treinta. En virtud de dicho proceso la clase gobernante surgida de la guerra civil, constituida por los grandes industriales, desaparece como tal clase que se sitúa a la cabeza de una jerarquía única (págs. 239-242).

(42) *Ibid.*, pág. 249.

(43) *Ibid.*, págs. 255-257.

(44) *Ibid.* págs. 257-258.

Otro pluralista, Williams Kornhauser, en *Power Elite or Veto Groups?* (1961), realizaba una oportuna confrontación de estas tesis con las que Mills había expuesto seis años más tarde en *The Power Elite*. Aunque el autor se presenta como crítico de una y otra interpretación, no cabe duda de que está mucho más cercano a la de Riesman, pese a atribuirle una visión del poder altamente individualista y negativa (45). En este sentido, insistirá en la idea de la existencia de fuerzas que operan restringiendo las alternativas de quienes ocupan las posiciones desde las que se toman las decisiones. Al contrario que Mills, Riesman habría sabido valorar la importancia de las presiones que actúan sobre quienes deciden, provenientes de públicos y elites opuestas, así como de los valores culturales y las correspondientes receptividades psicológicas y resistencias al poder (46).

La consideración decisiva respecto a las limitaciones del poder residiría en la presencia de múltiples centros de poder; su dependencia del apoyo popular les conducirá a responder a las demandas públicas. A este respecto, Kornhauser señala cómo hoy es posible constatar muchos casos de oposición institucionalizada en los Estados Unidos, tanto en la esfera económica como en la política: en la primera, la negociación colectiva entre dirigentes empresariales y trabajadores, o el tipo de relación predominante entre las elites económicas, desde que el «contrabalance de poderes» entre unas cuantas grandes empresas ha ido sustituyendo la competencia de mercado entre pequeñas compañías por la oposición entre aquellas elites. En la segunda, el sistema bipartidista y el fraccionalismo en el seno de ambos partidos, la oposición entre bloques de intereses en las asambleas estatales y nacionales, la rivalidad entre determinadas agencias del gobierno y la burocracia militar, etc. (47).

Si Mills yerra al relegar estos conflictos a los niveles medios de poder, Riesman no habría sabido prestar la debida atención a las «diferenciales del poder» entre los distintos grupos de la sociedad. Este último se equivocaría al estimar que si el poder se encuentra disperso ello implica un reparto relativamente igual entre los grupos e intereses, sin puntos de concentra-

---

(45) «Power Elite or Veto Group?», en RODERICK BELL y otros, *Political Power*, Nueva York, Free Press, 1969, pág. 51. Este ensayo se publicó originariamente como un capítulo del libro en homenaje a Riesman, editado por S. M. LIPSET y LEO LOWENTHAL, *Culture and Social Character*, Nueva York, Free Press, 1961. Aparece incluido en la edición española de R. BENDIX y S. M. LIPSET (ed.), *Class, Status and Power*, pero la traducción de este artículo está preñada de errores, por lo que resulta poco recomendable.

(46) KORNHAUSER, *loc. cit.*, pág. 49.

(47) *Ibid.*, págs. 49-50.

ción. Por otra parte, aun aceptando la tesis millsiana de la concentración del poder, ésta sería perfectamente compatible con «la fragmentación del poder entre una multiplicidad de grupos públicos y privados relativamente independientes» (48).

Como quiera que el análisis de Mills viene a negar la vigencia del sistema democrático en América, y el de Riesman cuestiona su futuro, Kornhauser achacará esto a una falsa imagen del poder compartida por ambos autores: al adoptar una reacción negativa frente a éste, ninguno muestra una voluntad de confrontar la idea de un sistema político y los fines del poder en ese sistema. Terminará su ensayo apelando al realismo:

«Las sociedades necesitan de acuerdos por medio de los cuales los recursos del poder puedan ser usados y suplidos eficazmente para fines públicos. Esta exigencia se refiere al gobierno, pero el uso del término no debe oscurecer el hecho de que el gobierno, una de dos, tiene poder o carece de eficacia» (49).

La perspectiva pluralista ha sido resumida por uno de sus líderes, contrastándola con la de Mills y Hunter en los siguientes términos:

- Existen diferentes *loci* para llegar a las decisiones políticas.
- Toda política viene conformada por un proceso en el que inciden hombres de negocios, sindicatos, políticos, consumidores, electores, agricultores y muchos otros agregados.
- Ninguno de estos agregados es homogéneo a cualquier efecto.
- Cada uno de ellos es altamente influyente en determinados ámbitos, pero débil en muchos otros.
- El poder de rechazar alternativas no deseadas es más común que el de imponer directamente unos resultados (50).

La objeción fundamental que cabe hacer a quienes comparten este punto de vista es que sus numerosas críticas de las tesis elitistas, casi siempre de naturaleza metodológica o teórica, contrastan con la no aportación de

(48) *Ibid.*, págs. 50-51.

(49) *Ibid.*, pág. 51. No deja de resultar curioso que la invocación del realismo sea el último recurso de los pluralistas. Así, para DAHL, la igualdad de poder político es un objetivo utópico; como tal tiene sólo un valor moral, por lo que debe dejar de ser considerado como objetivo central de la democracia. En otro caso, estaríamos fomentando el escepticismo contra el sistema. Cf. PETER BACHRACH, *Crítica de la teoría elitista de la democracia*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973, págs. 135 y sigs.

(50) ROBERT A. DAHL, «Business and Politics», en *Social Science Research on Business*, Nueva York, Columbia University Press, 1959, pág. 36.

estudios alternativos a nivel nacional que doten de una base empírica mínimamente sólida a tan bienintencionadas afirmaciones (51). En vez de esto, dedican su atención a los estudios a escala local, poniendo a prueba la tesis de la elite de poder en New Haven, Chicago y otras ciudades. Añádase a ello, y al tipo de críticas a Mills y Hunter vistas anteriormente, algunas páginas de libros de texto introductorios a la ciencia política, como el de David Truman, y poco más podría decirse del pluralismo en cuanto aportación al análisis de la distribución del poder en los Estados Unidos. Cabe mencionar, como excepción, el meritorio esfuerzo de Arnold Rose en *The Power Structure*, al intentar enraizar empíricamente la visión pluralista de la distribución y composición del poder en el ámbito nacional, pero el libro mismo serviría para poner de manifiesto las deficiencias de esta perspectiva teórica (52).

#### LA PERSPECTIVA RADICAL

Quienes de alguna manera se identifican con el enfoque teórico marxista discrepan de los planteamientos elitistas y pluralistas, aunque lógicamente se encuentran más cerca de los primeros. Salvo raras excepciones, marxistas y radicales en general, acogieron favorablemente la publicación de *La elite del poder*, valorando positivamente el tema mismo, que saca a la palestra problemas reales, los ataques al liberalismo y la postura crítica del autor, de cuyos juicios morales participan. Por contra, manifiestan su desacuerdo con el marco teórico, especialmente por el rechazo que Mills hace del concepto de clase dominante, al reducir el término clase a un significado puramente económico, en la controvertida nota del capítulo 12. Se muestran igualmente recelosos del empleo de nociones tales como «elites» e «instituciones» en el análisis social, debido a que estos conceptos habían sido usados anteriormente por Weber y Pareto, entre otros, para refutar

---

(51) Si hemos de creer a DAHL, «la teoría y práctica del pluralismo americano tiende a asumir... que la existencia de múltiples centros de poder, ninguno de los cuales sea enteramente soberano, ayudará (puede ser necesaria, claro está) a suavizar el poder, asegurar el consentimiento de todos, y solucionar pacíficamente los conflictos» (*Pluralist Democracy in the United States: Conflict and Consent*, Chicago, Rand Mc. Nally and Company, 1967, pág. 24).

(52) Cf. G. WILLIAM DOMHOFF, *The Higher circles: The Governing Class in America*, Nueva York, Random House, 1970, edición de 1971, págs. 310 y sigs., donde se hace una crítica exhaustiva de la obra de Rose.

las tesis socialistas (53). Pero más que rechazar el enfoque que Mills da al tema, los marxistas le critican por no haberlo llevado suficientemente lejos: limitarse al estudio de la estructura y personal de las principales instituciones es insuficiente. Estas y sus líderes han de ser puestas en relación con las clases socioeconómicas, para demostrar que la elite de poder está compuesta por los grandes capitalistas y sus empleados. De haberlo hecho así, habría podido impugnar la objeción pluralista de que quienes toman las decisiones carecen de intereses que les separen del resto de la población (54). Además, un análisis de clase hubiera sido más eficaz a la hora de explicar la unidad de la élite del poder, basada en el común interés de sus miembros en mantener un sistema de empresa privada que les convierte en clase privilegiada. Incluso hubiera servido para interpretar la posible existencia de camarillas enfrentadas en el seno de la clase alta (55).

El profesor Sweezy, quizá la figura más destacada entre quienes participan de esta óptica teórica, percibe la sociedad norteamericana como un sistema cuya forma y contenido vienen determinados por dos clases sociales, conformadas en última instancia por la misma naturaleza del capitalismo: clase dominante y clase obrera. Los grandes capitalistas, y grandes propietarios en general, constituirían el núcleo de la primera (56), flanqueados por propietarios algo más modestos, ejecutivos del Gobierno y los negocios (en la medida en que no sean grandes propietarios de propio derecho), profesionales y demás. Entre estos flancos y los de la clase obrera —artesanos independientes y pequeños comerciantes, fundamentalmente— existe un amplio espacio social ocupado por la clase media (57). La clase dominante

---

(53) DOMHOFF y BALLARD, págs. 101-102. Obsérvese como ejemplo la opinión de SWEEZY: «el modo de pensar de la elite, aleja inevitablemente la atención de los problemas de la estructura y de los procesos sociales y conduce a buscar las causas externas de los fenómenos sociales» («Power Elite or Ruling Class?», *cit.*, pág. 127).

(54) G. WILLIAM DOMHOFF, «The Power Elite and Its Critics», en DOMHOFF y BALLARD, págs. 252-253. En esta línea de objeciones ROBERT LYND estima que, si MILLS se hubiera esforzado algo más, habría podido apreciar el peso relativo y la difusión del poder a través de todas las instituciones bajo el capitalismo. Pero «vaciló ante tan unificadoras tendencias con objeto de reservar para sus elites este dramático papel» («Power in the United States», *Ibid.*, pág. 111).

(55) DOMHOFF, *loc. cit.*, págs. 255-256.

(56) SWEEZY subraya en este punto la creciente importancia de los directivos de las corporaciones a expensas de los financieros. Cf. G. WILLIAM DOMHOFF, *Who Rules America?*, *cit.*, pág. 141.

(57) PAUL M. SWEEZY, «The American Ruling Class», *cit.*, pág. 363. Mediante el uso de este concepto de flancos o márgenes de las clases sociales básicas, el autor pretende afrontar el hecho de que las líneas divisorias en la sociedad americana no están

se estructura en base a una jerarquía nacional de las altas capas sociales, de organización bien definida, que incluye líneas de autoridad entre líderes y seguidores, cubriendo centenares de ciudades. El resultado es una red piramidal cuyo vértice lo ocupan un puñado de grandes urbes, algunas de las cuales (Chicago, Boston, San Francisco, etc.) tienen el carácter de capitales regionales —de tal forma que las líneas de autoridad empiezan y terminan dentro de la región—, y entre las que Nueva York sería sólo *primus inter pares*, tras un proceso de diversificación en la ubicación geográfica de los grandes imperios industriales. Los diferentes sectores de la clase dominante aparecen integrados a través de lazos familiares y personales, asociaciones formales e informales (organizaciones empresariales, cámaras de comercio, clubs sociales, iglesias, etc.), y por una intrincada red de relaciones institucionales con un núcleo bien definido: las grandes corporaciones, que con sus secciones, ramas y sucursales cubren hasta el último rincón del país (el prototipo sería la American Telephone & Telegraph Company). En este contexto los dos grandes partidos quedan relegados a un segundo plano, ya que aunque cumplen también, hasta cierto punto, una función integradora de la clase dominante, este *rol* es de importancia secundaria, pues su papel principal es el de proveer los canales a través de los cuales aquella manipula y controla a las clases bajas (58).

La ideología de la clase dominante viene sustancialmente determinada en su contenido por lo que Sweezy denomina situación de clase, pero las ideas de las que aquella se nutre han sido previamente articuladas, estandarizadas y propagadas por un conjunto de diarios (el prototipo es ahora el *New York Times*), revistas que se dicen de calidad, publicaciones periódicas especializadas e informes, pensados fundamentalmente para el consumo de los miembros de una clase, alimentada así en base a una dieta intelectual casi uniforme. Esta ideología se transmite de generación en generación merced a un mecanismo que consta de un par de piezas clave: la socialización en el medio familiar y el sistema educacional (59).

La clase capitalista ostenta el dominio económico y político de la sociedad a través de sus propios miembros: *a*) ocupando directamente las posiciones clave, desempeñando ellos mismos la función; *b*) contratando y despidiendo a quien lo haga, o *c*) costeando los gastos de mantenimiento de

---

claramente dibujadas, subrayando a un tiempo que, contra lo que es frecuente, esto último no debe interpretarse como «prueba» de la no existencia de clases en el país.

(58) *Ibid.*, pág. 365-366.

(59) *Ibid.*, págs. 366-367. El concepto de situación o posición de clase, en SWEEZY, encierra un doble aspecto: la relación de clase hacia el propio sistema social nacional y la reacción de éste.

maquinarias políticas que realicen el trabajo por ellos. Y no es preciso demostrar que el gobierno a través de los miembros de la propia clase sea de hecho *gobierno o dominio de clase*; ello se deduce, para Sweezy, de la misma naturaleza y estructura de clase, cuyo análisis ya hemos expuesto sucintamente (60). Tampoco ve mayor problema en reconocer la existencia de líneas divisorias en el seno de la clase dominante, líneas que, de forma irregular y cambiante, reflejan diferencias y conflictos entre regiones, sectores industriales, corporaciones, dinastías empresariales, o posiciones políticas e ideológicas. Siguiendo la clásica interpretación marxista, entiende que tales diferencias son eclipsadas por el común interés de clase: la preservación y fortalecimiento del sistema capitalista que protege su riqueza y privilegios (61).

Los autores que adoptan una inequívoca y exclusiva óptica de clase al acercarse al tema de la estructura de poder en los Estados Unidos han contribuido a su conocimiento con un conjunto de trabajos sectoriales, de los que ya mencionamos los más representativos; algunos de ellos sirvieron para desmontar una tesis muy cara a los pluralistas, que tiene su origen en la publicación del libro de Adolf Berle y Gardner Means, *The Modern Corporation and Private Property*, en 1932: La separación entre propiedad y control de las grandes corporaciones como consecuencia de la generalización y realce de la figura del gerente, al que se supone así liberado de los estrechos límites impuestos por el afán de lucro (62). Pero esta corriente no ha acertado a producir, hasta el momento, ninguna obra que suponga una alternativa global en el tratamiento de las relaciones entre el Estado y la clase dominante norteamericana, terreno en el que no se ha ido mucho más allá de unos cuantos ensayos interpretativos, preñados de generalizaciones,

---

(60) *Ibid.*, págs. 367-368. SWEEZY negaba, en su crítica a MILLS, la evidencia de un poder militar autónomo o semiautónomo (véase «Power Elite or Ruling Class», páginas 125-127).

(61) «The American Ruling Class», págs. 370-371.

(62) BERLE y MEANS sostenían que el cuarenta y cuatro por cien de las doscientas mayores sociedades no financieras del país, con el cincuenta y ocho por ciento de los fondos, estaban controladas por gerentes asalariados. Como es sabido, estos hallazgos dieron lugar a la teoría del «control gerencial», formalizada, sistematizada y difundida por JAMES BURNHAM en *The Managerial Revolution*, Nueva York, 1941. Entre los trabajos críticos a que aludimos, se cuentan: PAUL M. SWEEZY, «Interest Groups in the American Economy», *Monthly Review* (1953); VICTOR PERLO, *The Empire of High Finance*, Nueva York, International Publishers, 1957, págs. 40-45; FERDINAND LUNDBERG, *American's Sixty Families*, cit.; y PAUL A. BARAN y PAUL S. SWEEZY, *El capital monopolista*, Madrid, FCE, 1968, págs. 33-40.

que con cierta frecuencia incorporan algunos tópicos marxistas ya desfasados para el análisis de una sociedad capitalista avanzada.

#### PLANTEAMIENTOS DE SINTESIS

Más enriquecedores y sugestivos nos parecen algunos trabajos de síntesis que combinan los paradigmas de elite y clase, por emplear la expresión a la manera de Alford, fusionando presupuestos de élite y clase, casi siempre explícitamente críticos del «paradigma pluralista» (63). Desde el punto de vista teórico, el intento más conocido es sin duda el de Ralph Miliband, *The State in Capitalist Society* (1969). Por su referencia concreta a la sociedad norteamericana, interesa destacar las aportaciones de James O'Connor y Williams Domhoff. El economista O'Connor sale al paso de aquellas interpretaciones que conducen a la percepción de una clase dominante americana compuesta por banqueros, de una parte, e industriales, de otra. Lejos de ello, ésta quedaría integrada básicamente por los titulares del capital financiero o monopolista, situados a la cabeza de los gigantescos complejos industrial-bancarios. Las grandes familias capitalistas son las *propietarias reales* de las corporaciones, tanto bancarias como industriales, con independencia de que uno y otro tipo de sociedades estén formalmente separadas (64). Siguiendo a Wesolowsky, estima que la elite del poder interviene en la esfera institucional de la dominación económica, redistribuyendo el ingreso nacional por medio de la política tributaria y del presupuesto. En su actuación, el gobierno nacional está influenciado fundamentalmente por la clase capitalista, entendida ahora como el conjunto de quienes poseen y controlan las grandes empresas monopolistas y los contratistas estatales. Los miembros de esta clase se han organizado según grupos de interés y según la clase mientras que el capital competitivo se organiza principalmente a lo largo de la línea de grupos de interés. Estos últimos se estructuran en asociaciones privadas autónomas —según ramas industriales, y no sobre bases regionales, dado el carácter nacional de los mercados— que utilizan al Estado para que medie entre sus miembros y facilite subvenciones, ayuda técnica y protección general; y controlan la mayor parte de los llamados orga-

---

(63) Véase ROBERT R. ALFORD, «Paradigms of Relations between State and Society», en LEON N. LINDBERG y otros, *Stress and Contradiction in Modern Capitalism*, Lexington, Massachusetts, Lexington Books, 1975, págs. 145-159.

(64) JAMES O'CONNOR, *The Corporations and the State*, Nueva York, Harper & Row, 1974, cap. IV, *passim* (este capítulo fue publicado originariamente como artículo, en 1971, bajo el título «Who Rules the Corporations? The Ruling Class»).

nismos reguladores, muchos departamentos ministeriales y varios comités del Congreso. De esta manera, los problemas y conflictos de orden político y económico se transforman en problemas administrativos (65).

Dado que las actividades políticas de los grupos de interés son contradictorias con la consolidación del capitalismo, se hace necesaria una dirección política consciente de las distinciones de clase. Para ello, el capital monopolista se da a sí mismo una organización de clase, como ya hizo ante las dos últimas guerras mundiales, controlando o ejerciendo su influencia sobre los departamentos y ministerios clave (Defensa, Vivienda y Urbanismo, Comercio, Transportes, Hacienda, Asuntos Exteriores, Presupuesto, y Salud, Educación y Bienestar), y sobre el Consejo de Asesores Económicos (CEA), por medio de políticos y funcionarios con conciencia de clase. Las orientaciones generales del capital monopolista, formuladas en el Business Council, universidades de elite, agencias de planificación, como la Foreign Policy Association y el Committee for Economic Development (CED), y por los partidos políticos dominados por las grandes empresas, tienen una influencia sustancial en la concreción de las leyes de iniciativa del ejecutivo. Corresponde al presidente y a sus principales asesores interpretar los intereses del gran capital (antes que los intereses económicos particulares) desde una posición independiente y traducirlos a resultados, «no sólo por lo que se refiere a las necesidades económicas y políticas inmediatas, sino también por lo que se refiere a las relaciones entre el capital monopolista y el trabajo y el capital en el sector competitivo. Los intereses de clase del capital monopolista (considerado como fuerza social más que como abstracción) no se reducen a una yuxtaposición de los intereses particulares de esta clase, sino que emergen *involuntariamente* en el seno de la administración del Estado. Desde este importante punto de vista, el Estado capitalista no es un *instrumento*, sino una *estructura*» (66).

El Estado actúa limando asperezas, tanto en el seno de la clase capitalista como entre capital y trabajo. Por una parte, regula las relaciones entre pequeño y gran capital, entre el capital de los sectores económicos en expansión y el de aquellos otros que se encuentran estancados, y entre capital de diferentes regiones. Por otra, facilita la cooperación entre los líderes sin-

---

(65) JAMES O'CONNOR, *The Fiscal Crisis of the State* (1973), existe edición española, prologada por Francisco Murillo, por la que se cita: *La crisis fiscal del Estado*, Barcelona, Península, 1981, págs. 92-95.

(66) *Ibid.*, págs. 96-97. En esta cuestión, O'CONNOR comulga con la concepción del Estado moderno como «un objeto del conflicto de clases», frente a la clásica tesis marxista que ve en el Estado capitalista un instrumento de dominación de clase (*ibid.*, páginas 319-320).

dicales del sector monopolista, los grandes empresarios y el Estado mismo, mediante la creación de organismos *ad hoc*, para convertir la negociación de los convenios colectivos en instrumento de planificación empresarial, mantener las condiciones para la reproducción de la clase obrera y frenar los movimientos sociales de carácter masivo (67).

El presupuesto siempre ha sido la expresión de intereses particulares, con cierta variación histórica en sus titulares, y una fuente de beneficios privados. Aunque en gran parte el Congreso continúa representando al capital regional y local, él mismo ha sido artífice importante de una doble transferencia, voluntaria o no, de sus prerrogativas: por un lado a sus propios líderes conscientes de las distinciones de clase, y por otro, al ejecutivo, convertido hoy en representante del capital nacional. El Congreso pierde así el control de un presupuesto que, al tiempo que las cuestiones presupuestarias dejaban de ser cuestiones políticas, se ha transformado en excelente «instrumento de planificación para el ejecutivo» (68). El presupuesto militar constituye el caso límite, ya que siempre ha sido determinado por los comités de las fuerzas armadas y por el Pentágono, «casi sin ningún examen crítico por parte del Congreso» (69). Observando la relación contemporánea entre el Congreso y el poder ejecutivo, O'Connor concluye que, en la actualidad, sólo este último puede interpretar las exigencias del capital y de los intereses privados (70).

La propuesta más lúcida, a nuestro entender, se debe al profesor Domhoff, quien en *Who Rules America?* (1967) y *The Higher Circles* (1970) ha realizado una acertada síntesis de las tres grandes perspectivas sobre la distribución del poder en los Estados Unidos, síntesis en la que la idea de una elite del poder constituye el concepto puente entre las posiciones pluralistas y marxista, sin negar los datos subrayados por ninguna de ellas (71). Tal

---

(67) *Ibid.*, págs. 97-100.

(68) *Ibid.*, págs. 102 y 112-113. O'CONNOR describe minuciosamente el proceso que ha llevado al control centralizado del presupuesto por parte del Ejecutivo, señalando tres pasos fundamentales: la creación del Departamento de Presupuesto, en 1920, y la introducción del presupuesto administrativo, que coordina los gastos propuestos por el ejecutivo; el cambio gradual desde presupuestos por partidas a presupuestos por programas, importante escalón hacia el fortalecimiento del poder presidencial respecto de los intereses particulares en el Congreso, amén de respecto a los organismos federales; y planificación fiscal (págs. 103-110).

(69) *Ibid.*, pág. 111.

(70) *Ibid.*, pág. 113.

(71) Para lo que sigue, véanse los trabajos de DOMHOFF, «The Power Elite and Its Critics» y *Who Rules America?*, capítulos 1, 3 y 4.

propuesta descansa en la disponibilidad de nuevas bases a raíz de los hallazgos empíricos de trabajos posteriores a *The Power Elite*, que Domhoff —él mismo autor de algunos de ellos— clasifica del siguiente modo:

a) Estudios referentes a la clase alta como clase social entre los que destacan los de Batzell, quien en *Philadelphia Gentlemen: The Making of a National Upper Class* (1958) y *The Protestant Establishment* (1965), combina los análisis institucional y de clase, estableciendo la existencia de una clase nacional cuyos miembros están imbricados mediante mutua interacción y lazos matrimoniales; y *Who Rules America?*, del propio Domhoff, que aporta datos sobre el control que esa clase alta ejerce sobre las instituciones políticas y de gobierno, por un lado, y la economía corporativa, por otro.

b) Estudios sobre la distribución de la riqueza o patrimonio y de los ingresos, a cargo de Robert Lapman, George Katona y John Lansing, Gabriel Kolko y Herman Miller, entre otros, que sugieren la ausencia de cambios significativos en estos dos indicadores clave de la estructura social y del poder político.

c) Estudios sobre la unidad e interacción de quienes se supone constituyen la elite del poder, entre los que cabe incluir el ya citado *Top Leadership USA*, de Floyd Hunter, que aplica el método reputacional y las técnicas de encuesta, reforzando con sus conclusiones la noción de una estructura de poder a nivel nacional en plena interacción; y los capítulos segundo al cuarto de *Who Rules America?*, donde se aportan datos que muestran cómo los mismos individuos que dominan el mundo corporativo se mueven en el terreno de las fundaciones, asociaciones y partidos políticos, y son designados para ocupar posiciones en la rama ejecutiva del gobierno federal, particularmente en materia de asuntos exteriores, defensa, finanzas y comercio. A ello hay que añadir la disponibilidad de nuevos datos sobre el tema de los «expertos» o técnicos, que indican que su presencia no altera una teoría de la elite del poder: los dos tipos más importantes, aquellos relacionados con cuestiones financieras y jurídicas, son en su mayor parte miembros de la clase alta, como demuestran Smigel y Batzell (este último presenta pruebas sobre la cobertura parcial, pero importante, por la clase alta de otras dos áreas del conocimiento especializado: arquitectura y medicina); por si esto fuera poco, trabajos como los de Beckman y Eakins han demostrado que los miembros de la clase alta controlan las fuentes de conocimiento mediante la financiación y control de las universidades, fundaciones, institutos y asociaciones que preparan los expertos y almacenan el conocimiento. La conclusión es obvia: no es que los expertos hayan desplazado a quienes constituyen la elite del poder, en el sentido millsiano, sino que los miembros de esta última han financiado, estimulado y utilizado a los

expertos preparados en los diferentes centros de conocimiento de los que ellos son consejeros y directores.

Así pues, la tesis de Domhoff es que, a partir de estos nuevos hallazgos empíricos y, en particular, del trabajo de Batzell (junto con Mills, su principal fuente de inspiración), cabría incorporar en un marco más amplio las concepciones divergentes de Mills y sus críticos sobre la naturaleza de la estructura del poder en Norteamérica. En este sentido, puede admitirse la tesis marxista de que existe una clase alta de ámbito nacional, formada por los grandes capitalistas y sus descendientes, cuyos miembros controlan corporaciones, fundaciones, los mayores medios de comunicación, las principales asociaciones moldeadoras de la opinión y, a través de campañas financieras y de su presencia en posiciones clave de asesoramiento y en el gabinete, la rama ejecutiva del gobierno federal. Ello sería compatible con una estructura pluralista a nivel local, caracterizada por el control de las clases medias, en la línea sostenida por Robert Dahl y sus seguidores. Y a la vez, con la existencia de una elite del poder tal como Mills la define: los individuos que controlan las principales instituciones y toman las decisiones de alcance cuando menos nacional.

Sin embargo, a diferencia de Mills, esta perspectiva de síntesis percibe a la elite corporativa como el núcleo controlador de la elite del poder, apoyándose en las nuevas investigaciones, según las cuales aquélla controla las instituciones que el sociólogo de Columbia consideraba principales. De ahí que, en Domhoff, la unidad e intereses de la elite del poder estén determinados fundamentalmente por los intereses de los ricos corporativos. Este último declara que ha tomado prestado del primero el término elite del poder, pero redefiniéndolo ligeramente: así, coincide con su inspirador al definir este concepto como aquellos que poseen una cantidad superior de poder debido a la jerarquías institucionales que encabezan. Pero se desvía al restringir el término a las «personas que estén en posiciones de predominio en las jerarquías institucionales controladas por miembros de la clase alta». En virtud de esa definición cualquier miembro particular de la elite del poder puede ser o no miembro de la clase alta. Aunque ambas definiciones son formalmente diferentes, el resultado de la investigación muestra que esta elite del poder es muy similar a la de Mills. Sólo que ahora no se asume *a priori* que un grupo determinado sea miembro de esa elite, y a ésta se la enraíza en la clase alta. En cada caso de instituciones consideradas como base de la elite del poder, debe ser demostrado empíricamente su control por miembros de la clase alta (72).

---

(72) *Who Rules America?*, págs. 8-9.

Si en *Who Rules America?* y en el artículo publicado al año siguiente en el que explica su intento de síntesis, ampliamente recogido aquí, Domhoff se muestra bastante abierto hacia las posiciones pluralistas a las que, además de abandonar prácticamente todo el ámbito local, deja cierto margen a nivel nacional (73), en obras posteriores se inclinaria progresivamente hacia una perspectiva de clases: así en *The Higher Circles* mantiene el enfoque de síntesis, pero se muestra especialmente crítico con los pluralistas (74), pese a que en la introducción declaraba que su propósito se limitaba a «profundizar, extender y defender» la imagen de cómo es gobernada América ya presentada en los dos trabajos mencionados. Y en un estudio más reciente, *The Powers that Be* (1978), aunque disiente explícitamente de quienes aplican esquemas neomarxistas en la línea de Poulantzas, Claus Offe, etc., comparte su premisa de que las clases sociales constituyen el tema central para un análisis del poder en América y ubica sus propios puntos de vista dentro de un paradigma de hegemonía de clase, en el sentido siguiente: «La mayoría de los problemas políticos y económicos deben ser entendidos en términos de conflictos y compromisos entre los intereses de dos clases sociales básicas que están enraizadas en la organización social de la producción. Esas dos clases sociales son la clase dominante, que posee y gestiona las principales empresas, y la clase obrera, que carece de rentas» (75). Domhoff, siguiendo a Horowitz, pondrá el énfasis en la clase dominante por considerar que ésta, y no el proletariado, es el verdadero grupo operativo a efectos del funcionamiento y desarrollo del sistema capitalista, contra lo que una extendida malinterpretación del modelo sociológico de Marx nos habría hecho ver (76).

Las tesis de Domhoff no son especialmente originales, como habrá podido comprobarse, pero a mi entender éste tiene el mérito de haber sabido combinar los análisis más valiosos sobre el tema, retomando los planteamientos de Mills y Batzell en el momento justo de su desarrollo e incorporando parcialmente las contribuciones de autores tan distantes ideológicamente como Sweezy y Dahl. Como él mismo declaraba, se trata de reunir en un marco más amplio las propuestas divergentes de Mills y sus críticos. Además, lejos de limitarse a la pura especulación teórica, Domhoff aporta sus propias investigaciones sobre una sólida base empírica, arrojando luz

(73) Cfr. «The Power Elite and Its Critics», pág. 277.

(74) Véase *The Higher Circles* (1970), págs. 309-355.

(75) *The Power that Be. Processes of a Ruling Class Domination in America*, páginas XIII-XIV.

(76) Cf. DAVID HOROWITZ, «A Note on Marx's Theory of Class», en *The Fate of Midas and Other Essays*, San Francisco, Ramparts Press, 1973, pág. 105.

sobre aspectos concretos de la realidad del poder norteamericana, como la cohesividad y antagonismo en el seno de la clase alta, el control que ésta ejerce de las distintas ramas del gobierno federal, la gestación de la política exterior o de la legislación social, etc.

Lo más sorprendente, en cualquier caso, es la escasa significación de los trabajos de profesionales de la ciencia política norteamericana en el tema de las elites de poder a nivel nacional. Las protestas contra el «intrusismo» por parte de algunos de sus más destacados representantes, deseosos de marcar las fronteras entre la ciencia política y otras disciplinas afines, no han tenido la virtud de provocar estudios que supongan una alternativa realmente sólida ni impedido, por tanto, que los estudios más serios sean hoy obra de sociólogos y economistas.